

## De los Habitantes de los Astros

Como opino que sería deshonrar el carácter de la filosofía si se la usara para afirmar con una especie de ligereza libres divagaciones del ingenio con alguna verosimilitud, aun cuando se declarase que sólo se haría con fines de diversión, no traeré en el presente ensayo otras proposiciones que las que realmente puedan contribuir a ampliar nuestro conocimiento y cuya probabilidad esté al mismo tiempo tan bien fundada que no se podrá menos que reconocerlas.

Aunque parezca que en un tema de esta especie no exista un verdadero límite para la libertad de ficción, y que en el juicio sobre las calidades de los habitantes de mundos lejanos es permitido dar rienda suelta a la imaginación con mucha mayor libertad que un pintor en la reproducción de las plantas o animales de tierras no descubiertas y que tales fantasías no puedan ser ni probadas ni refutadas, tengo que confesar, sin embargo, que las distancias de los cuerpos siderales del Sol traen consigo determinadas relaciones que implican una influencia esencial sobre las diversas calidades de los seres razonables que en ellos se hallan, puesto que su manera de actuar y de sufrir está ligada a la calidad de la materia con la que están vinculados, y depende del grado de las impresiones que el mundo despierta en ellos de acuerdo a las características de la relación de su lugar de residencia al centro de la atracción y del calor.

Opino que no es precisamente necesario afirmar que todos los planetas deben estar habitados, aun cuando sería una incongruencia negarlo con respecto a todos o a la mayoría de ellos. Dada la riqueza de la naturaleza en que mundo y sistemas son, en relación a la totalidad

de la creación, nada más que polvillos, bien podrían existir también regiones desiertas e inhabitadas que no sean utilizadas con toda exactitud para la finalidad de la naturaleza que es la contemplación de seres razonables. Sería como si se quisiera fundar en la sabiduría de Dios como motivo para no admitir que desiertos arenosos e inhabitados ocupan grandes extensiones de la superficie terrestre y que en los océanos hay islas abandonadas en que no se halla ningún hombre. Sin embargo, un planeta es, en relación a la totalidad de la creación, mucho menos que un desierto o una isla en relación a la superficie terrestre.

Es posible que no todos los cuerpos siderales hayan llegado a la formación definitiva; se necesitan siglos y tal vez miles de años hasta que un cuerpo sideral grande haya alcanzado un estado sólido de sus materias. Júpiter parece hallarse todavía en este proceso. La notable variación de su forma en diversos tiempos ha hecho suponer hace mucho tiempo a los astrónomos que debe estar sujeto a grandes perturbaciones y que su superficie está lejos de ser tan tranquila como debe serla a la de un planeta habitable. Si es que no tiene habitantes y tampoco debe tenerlos nunca, qué insignificante gasto de la naturaleza sería esto en comparación con la inmensidad de la creación eterna. ¿Y no sería más bien un indicio de su pobreza en vez de su abundancia si en cada punto del espacio tuviera que ser tan prolija de presentar todas sus riquezas?

Mas con una satisfacción aún mayor se puede suponer que, si bien ahora es inhabitado, lo dejará de ser alguna vez cuando el período de su formación haya terminado. Tal vez nuestra Tierra existió mil años o más antes de estar en condiciones de poder sustentar hombres, animales y plantas. Que un planeta llegue a algunos miles de años más tarde a esta perfección, no menoscaba en nada la finalidad de su existencia. Por eso mismo, permanecerá en el futuro por más tiempo en la perfección de su constitución, una vez que la haya alcanzado, pues con todo, es una segura ley de la naturaleza de que todo lo que tiene un comienzo, se aproxima constantemente a su ocaso y se halla tanto más cerca de éste cuando más se ha alejado del punto de su comienzo.

La concepción satírica de aquella ingeniosa cabeza de La Haya que después de reproducir las noticias generales del dominio de las ciencias sabía ridiculizar las fantasías sobre la necesidad de que todos los cuerpos siderales están poblados, no puede ser menos que aprobada. "Aquellas criaturas —dijo— que habitan las selvas sobre la cabeza de un mendigo, habían considerado hace mucho tiempo su residencia como un globo inconmensurable y a sí mismos como obras maestras de la creación, cuando uno de ellos a quien el cielo había dotado de un alma más refinada, un pequeño *Fontenelle* de su especie, percibió de

repente la cabeza de un caballero. En seguida convocó a todas las cabezas ingeniosas del barrio y les dijo lleno de deleite: Nosotros no somos los únicos seres animados de toda la naturaleza: mirad aquí una tierra nueva, aquí viven más piojos". Si el final de esta conclusión hace reír, no es porque sea muy distinta de la manera de juzgar de los hombres, sino porque este mismo error, que en los hombres proviene de la misma causa, parece merecer en ellos mayor excusa.

Juzguemos sin prejuicio. Este insecto que tanto por su manera de vivir como por su insignificancia traduce muy bien el carácter de la mayoría de los hombres, puede ser utilizado con buenas razones para esta comparación. Porque de acuerdo a su imaginación, su existencia debe importar enormemente a la naturaleza, considera vana toda restante creación que no demuestra una exacta finalidad con respecto a su especie, centro de todas sus finalidades. El hombre, aunque dista infinitamente de la escala suprema de los seres, es lo suficientemente atrevido para halagarse con la misma fantasía con respecto a la necesidad de su existencia. La infinidad de la creación abarca con la misma necesidad todas las naturalezas que produce su exhuberante riqueza. Desde la más sublime clase de los seres razonables hasta el más despreciado insecto, ningún eslabón le es indiferente; y ninguno puede faltar sin que por ello sea interrumpida la belleza del todo que consiste en la relación mutua. Sin embargo, todo es determinado por leyes generales que la naturaleza produce por la combinación de las fuerzas que originariamente le fueron implantadas. Como en su procedimiento sólo produce conveniencia y orden, ningún designio aislado debe perturbar e interrumpir su consecuencia. Durante su primera formación, la creación de un planeta no era más que una consecuencia infinitamente pequeña de su fecundidad, y ahora sería una incongruencia que sus leyes tan bien fundadas debieran ceder a las finalidades especiales de este átomo. Si las condiciones de un cuerpo sideral oponen obstáculos naturales a la población, será inhabitado, aun cuando fuera más hermoso, que tuviera habitantes. La perfección de la creación no pierde nada con ello, porque lo infinito es entre todas las magnitudes, la única que no disminuye por la substracción de una parte finita. Sería como si quisiéramos lamentarnos de que el espacio entre Júpiter y Marte se halla tan inútilmente vacío o que hay cometas que no son poblados. En efecto, por más insignificante que quiera aparecernos aquel insecto, a la naturaleza le importa seguramente más la conservación de toda su especie que el pequeño número de seres más perfectos de los que hay siempre una cantidad infinita, aun cuando una región o un lugar les están vedados. Como la naturaleza es inagotable en la producción de ambas especies, las abandona ambas con la misma despreocupación a

las leyes generales para su conservación y destrucción. El dueño de aquellas selvas habitadas sobre la cabeza del mendigo, ¿habrá producido alguna vez mayores devastaciones entre la especie de aquella colonia, que las que hizo el hijo de Felipe en la especie de sus conciudadanos, cuando su genio malo le metió en la cabeza que el mundo había sido creado exclusivamente para él?

Con todo, la mayoría de los planetas con seguridad están habitados, y los que no lo están, lo estarán alguna vez. ¿Qué condiciones serán creadas entre las diversas especies de estos habitantes por la relación de su lugar en el universo con respecto al centro de donde emana el calor que lo vivifica todo? Porque es seguro que éste produce entre las materias de estos cuerpos siderales, ciertas condiciones en sus determinaciones, en la proporción de su distancia. El hombre que entre todos los seres razonables es el que mejor conocemos, aun cuando sus condiciones internas sigan siendo un problema inexplorado, tiene que servir en esta comparación como base y punto general de relación. No lo consideremos aquí por sus calidades morales ni tampoco por la constitución física de su estructura. Sólo queremos estudiar en qué grado su capacidad de pensar razonablemente, y el movimiento de su cuerpo que obedece a aquélla, sean restringidas por las condiciones proporcionadas a la distancia del Sol, de la materia a la que está atado. No obstante la infinita distancia que existe entre la fuerza de pensar y el movimiento de la materia, entre el espíritu razonable y el cuerpo, es seguro que el hombre que deduce todas sus concepciones e ideas de las impresiones que el universo produce en su alma por medio de su cuerpo, depende tanto en lo que se refiere a su claridad como también en lo referente a su facilidad para juntarlas y compararlas —lo que se llama la facultad de pensar— por completo de las condiciones de aquella materia a la que su creador lo ha atado.

El hombre ha sido creado para recibir las impresiones y emociones que el mundo debe provocar en él, por medio de aquel cuerpo que es la parte visible de su sér y cuya materia no sólo sirve al espíritu invisible que lo habita para imprimirle las primeras concepciones de las cosas exteriores, sino también es indispensable en la acción interna de repetir las, de ligarlas entre sí, en una palabra, de pensar (1). En la medida en que se forma su cuerpo, las facultades de su naturaleza razonable reciben también los grados convenientes de perfección y alcanzan una capacidad asentada y viril, sólo cuando las fibras de sus instrumentos

---

(1) Por los principios de la psicología consta que, debido a la constitución actual en que la creación ha hecho depender entre ellos el cuerpo y el alma, ésta no sólo debe llevar, por la comunidad e influencia del cuerpo, todos los conceptos del universo, sino también el mismo ejercicio de su fuerza de pensar depende del estado del cuerpo y recibe con su ayuda la capacidad necesaria. (Nota de Kant).

llegan a la solidez y duración, que es la perfección de su formación. Se desarrollan en él lo suficientemente temprano aquellas facultades por las cuales puede satisfacer las necesidades que le impone la dependencia de las cosas externas. Algunos hombres no llegan más allá de este grado de desarrollo. La capacidad de reunir entre sí concepciones abstractas, y de dominar la tendencia de las pasiones, por la libre aplicación del entendimiento, se presenta tarde y en algunos, nunca en toda su vida; pero en todos es débil y sirve a las fuerzas inferiores sobre las que debería reinar y en cuyo dominio consiste la superioridad de su naturaleza. Si se mira la vida de la mayoría de los hombres, parecería que esta criatura ha sido creada para que igual que una planta atraiga hacia sí la savia y crezca, procee su especie, finalmente envejezca y muera. Entre todas las criaturas, el hombre es el que menos alcanza la finalidad de su existencia, porque gasta sus facultades eximias para fines que las restantes criaturas alcanzan con facultades menores, pero también de una manera más segura y decente. Sería también, por lo menos a los ojos de la verdadera sabiduría, la criatura más despreciable de todas, si no fuera porque la esperanza de lo futuro lo levantara y que a las fuerzas encastradas en él les quedaría reservado el período de un desarrollo completo.

Estudiando la causa de los obstáculos que mantienen la naturaleza humana en una humillación tan profunda, la encontramos en la burda calidad de la materia en que está hundida su parte espiritual, en la inelasticidad de las fibras y en la pereza e inmovilidad de las savias que deben obedecer a las vibraciones de aquella parte. Los nervios y los líquidos de su cerebro sólo le proporcionan conceptos burdos y poco claros, y como en el interior de su capacidad de pensar no puede oponer a los alicientes de las percepciones sensuales, conceptos vigorosos en cantidad suficiente para equilibrarlas, es arrastrado por sus pasiones y ensordecido y perturbado por el estrépito de los elementos que mantienen su máquina. Los esfuerzos de la razón para rebelarse contra ello y eliminar estas perturbaciones por la luz de la inteligencia, son como los rayos del Sol cuando gruesas nubes interrumpen y obscurecen permanentemente su esplendor.

Esta calidad burda de la materia y del tejido en la estructura de la naturaleza humana es la causa de aquella pereza que mantiene las facultades del alma en permanente flojedad y falta de vigor. La acción de pensar y de las concepciones aclaradas por la razón, es un estado de esfuerzo en que el alma no puede colocarse sin resistencia y del cual recae pronto, por la tendencia natural de la máquina corpórea, al estado pasivo, puesto que los alicientes sensuales determinan y rigen todas sus acciones.

Esta pereza de su fuerza de pensar que es una consecuencia de la dependencia de una materia burda y que no se puede dirigir bien, no sólo es la fuente del vicio, sino también del error. Como la dificultad inherente al esfuerzo de disipar la niebla de los conceptos confusos y de separar el conocimiento obtenido por ideas comparadas de las impresiones sensuales, sirve de obstáculo, prefiere dar lugar a un aplauso precipitado y descansa en la posesión de un conocimiento que la pereza de su naturaleza y el obstáculo de la materia apenas le permiten ver desde un lado.

En esta dependencia se desvanecen las facultades espirituales junto con la vivacidad del cuerpo. Cuando la gran vejez debido a la debilitada circulación de las savias sólo hace hervir en el cuerpo humores espesos, cuando la elasticidad de las fibras y la agilidad en todos los movimientos disminuyen, se endurecen las fuerzas del espíritu en igual cansancio. La velocidad de los pensamientos, la claridad de las concepciones, la vivacidad del ingenio y la facultad recordatoria, pierden vigor y calor. Los conceptos injertados por larga experiencia reemplazan de alguna manera la desaparición de estas fuerzas, y la inteligencia demostraría su incapacidad con mayor claridad si la violencia de las pasiones que necesita esta rienda, no disminuyera al mismo tiempo y aun antes.

De todo ello surge con evidencia que las fuerzas del alma humana son limitadas y estorbadas por los obstáculos de una materia burda a la que son atadas íntimamente; pero algo aún más extraño es el hecho que esta calidad específica de la materia tiene una relación especial al grado de la influencia con que el Sol en la medida de su distancia la vivifica y capacita para los trabajos de la economía animal. Esta necesaria relación con el fuego que se extiende desde el centro del sistema mundial para mantener la materia en el movimiento necesario, es la causa de una analogía que por eso mismo se establece entre los diversos habitantes de los planetas; y cada una de estas clases, por la fuerza de esta relación, está atada por la necesidad de su naturaleza al lugar que le fue indicado en el Universo.

Los habitantes de la Tierra y de Venus no pueden cambiar entre ellos sus residencias sin su propia muerte. El primero cuya materia está proporcionada al grado del calor de su distancia y es, por lo tanto, demasiado liviana y fugaz para un grado aún mayor, sufriría en la esfera más calentada movimientos violentos y un despedazamiento de su naturaleza originados por la dispersión y el disecamiento de los humores y cuya inercia de los elementos formativos necesitan de una gran influencia del Sol, se volvería rígido en una región celeste más fría y perecería en una falta de animación. De la misma manera, deben ser

materias mucho más livianas y fugaces las que forman el cuerpo del habitante de Júpiter para que la poca vibración con que el Sol puede operar en esta distancia, pueda mover estas máquinas tan vigorosamente como lo hace en las regiones inferiores, y para sintetizar todo en un concepto general: *La materia de la que están formados los habitantes de diversos planetas y hasta los animales y plantas en ellos, tiene que ser de una especie más liviana y fina y la elasticidad de las fibras junto con la apropiada disposición de su estructura tiene que ser más perfecta en la medida en que aumenta la distancia del Sol.*

Esta relación es tan natural y bien fundada que se explica no sólo por las causas de la finalidad perseguida que en la teoría natural son consideradas generalmente sólo como argumentos débiles, sino también por la proporción de la calidad específica de las materias que forman los planetas, las que constan tanto por los cálculos de Newton como por los argumentos de la cosmogonía y de acuerdo a las cuales la materia de que son formados los cuerpos siderales, siempre es en los más alejados, de una especie más liviana que en los cercanos, lo que necesariamente debe producir la misma relación en las criaturas que en ellos nacen y viven.

Hemos establecido una comparación entre la calidad de la materia por la cual los seres razonables están esencialmente unificados con el planeta, y por la introducción de estas consideraciones es fácil suponer que estas relaciones tendrán también sus consecuencias en lo referente a la calidad natural de la materia de la máquina que habitan, podremos concluir con una suposición más que probable *que la calidad de los seres razonables, la velocidad de sus concepciones, la claridad y vivacidad de los conceptos que reciben por impresión exterior, finalmente la rapidez en la verdadera acción, en una palabra, toda la extensión de su perfección está sometida a cierta regla de acuerdo a la cual aquéllos son de mayor calidad y perfección en la proporción de la distancia de sus residencias del Sol.*

Como esta relación tiene un grado de verosimilitud que no está lejos de una certeza establecida, encontramos un campo abierto para agradables suposiciones que nacen de la comparación de las calidades de estos diversos habitantes. La naturaleza humana que en la escala de los seres ocupa, por decirlo así, el peldaño del medio, se va entre los dos límites extremos de la perfección en el justo medio, alejado igualmente de ambos extremos. Si la idea de las clases más sublimes de seres razonables que habitan Júpiter o Saturno, incita sus celos y los humilla por el reconocimiento de su propia bajeza, puede satisfacerlos nuevamente y tranquilizarlos el aspecto de los grados bajos que en los planetas Venus y Mercurio están reducidos muy por debajo de la

perfección de la naturaleza humana. ¡Que visión más asombrosa! De un lado, vemos seres razonables entre los cuales un esquimal o un cafre serían un Newton, y del lado opuesto, otros que a éste lo consideran un mono!

Superior Beings, when of late they saw  
A mortal Man unfold all Nature's Law,  
Admir'd such wisdom in an earthly shape,  
And schew'd a Newton as we schew en ape (1).

*Pope, An Essay on Man, Epistle II*

¡A qué progreso en el conocimiento no llegará la inteligencia de aquellos seres felices en las superiores esferas del cielo! ¡Qué hermosas consecuencias no tendrá esta iluminación de las inteligencias sobre su calidad moral! Las comparaciones de la inteligencia, una vez alcanzados los grados necesarios de totalidad y claridad, ofrecen alicientes más vivos que las seducciones sensuales y son capaces de dominarlas a éstas victoriosamente. ¡Con qué esplendor no se pintará la deidad misma que se pinta en todas las criaturas, en aquellos seres razonables que como un mar no removido por las tempestades de las pasiones reciben y reflejan tranquilamente su imagen! No extenderemos estas suposiciones más allá de los límites indicados para un tratado físico y sólo anotaremos una vez más la ya citada analogía que: la perfección del mundo espiritual tanto como la del material, crece y progresa en los planetas, desde Mercurio hasta Saturno, o tal vez, más allá de él (si es que existen más planetas), en una justa graduación en la proporción de sus distancias del Sol.

Mientras todo ello en parte fluye naturalmente y en parte es ocasionado convenientemente por las consecuencias de la relación física de sus residencias con respecto al centro del mundo, confirma por otra parte el aspecto real de las disposiciones más eximias y más adecuadas a la especial perfección de estos seres en las regiones superiores la citada regla con tanta claridad que casi puede pretender ser una convicción absoluta. La rapidez de las acciones que es característica de un ser sublime, se adapta mejor que la lentitud de seres perezosos e imperfectos al rápido cambio de los períodos de tiempo en aquellas esferas.

Los telescopios nos enseñan que el cambio de día y noche se rea-

---

(1) Cuando vieron los Seres Supremos  
A un hombre mortal descifrar las leyes de la Naturaleza,  
Admiraron tanta sabiduría en una figura terrenal,  
Y miraron a Newton como nosotros miramos a un mono.



liza en Júpiter en diez horas. ¿Cómo se arreglaría en estas disposiciones un habitante de la Tierra trasplantado a aquel planeta? Las diez horas alcanzarían apenas para aquel reposo que esta burda máquina necesita para su restauración por el sueño. ¿Cuánta parte del tiempo siguiente no exigiría la preparación de las ocupaciones de la vida activa, el vestirse, el tiempo que se emplea en comer, y cómo no habría de ser distraída e inservible a cualquier trabajo útil una criatura cuyas acciones se realizan tan lentamente, si las horas de trabajo son interrumpidas de repente por la entrada de una noche de la misma duración? En cambio, si Júpiter está habitado por seres más perfectos que a una formación más fina reúnen más fuerzas elásticas y una mayor rapidez en la ejecución, se puede creer que estas cinco horas valen para ellos lo mismo o más que las doce horas del día para esta clase inferior de hombres. Sabemos que la necesidad de tiempo es algo relativo y sólo puede ser conocida y comprendida comparando la magnitud de lo realizado con la velocidad de la ejecución. Por lo tanto, el mismo tiempo que para una especie de seres es algo como un momento, puede ser para otra especie un período largo en que se desarrolla gracias a la rápida ejecución de una larga serie de cambios. De acuerdo al probable cálculo de su rotación que hemos expuesto, más arriba, Saturno tiene una alteración aún mucho más rápida de día y noche y permite por lo tanto, suponer en la naturaleza de sus habitantes facultades aún más maravillosas.

Al final, todo concuerda para confirmar la ley citada. Evidentemente, la naturaleza ha extendido sus reservas con mayor abundancia en el lado opuesto del mundo. Las lunas que recompensan los diligentes seres de estas regiones felices al reemplazar suficientemente la carencia de la luz del día, existen allí en mayor cantidad, y la naturaleza parece haber procurado de prestar toda ayuda a su actividad, para que casi ningún tiempo sea un obstáculo para ella. Júpiter tiene, en lo que se refiere a las lunas, una evidente ventaja sobre todos los planetas inferiores, y a él lo aventaja a su vez Saturno cuyas disposiciones del hermoso y útil anillo que lo rodea hacen probables mayores ventajas en sus condiciones, mientras los planetas inferiores donde estos atributos serían un despilfarro inútil puesto que su especie es más bien vecina de la irracionalidad, participan en nada o sólo en muy poco de estas ventajas.

Para adelantarme a una observación que podría reducir a nada toda esta citada coincidencia, diré que la mayor distancia del Sol, fuente de la luz y de la vida, no puede ser considerada como un mal contra el cual la grandiosidad de aquellas disposiciones en los planetas más alejados sólo sería un pretexto para remediarlo en algo, como

tampoco se puede argüir que los planetas superiores tendrían una posición menos ventajosa en el edificio mundial y una ubicación contraria a la perfección de sus instituciones, puesto que sólo reciben del Sol una influencia menor. Porque sabemos que la eficacia de la luz y del calor no es determinada por su intensidad absoluta, sino por la capacidad de la materia de aceptarla y de ofrecer a su impulso mayor o menor resistencia, y que por consecuencia la misma distancia que para especie de materia burda puede ser llamada un clima moderado, puede disolver materias más sutiles y ser para ellas de perjudicial violencia. Por lo tanto, sólo hace falta una materia más fina, compuesta de elementos más ágiles, para convertir las distancias de Júpiter o Saturno, del Sol, en posiciones ventajosas.

Finalmente, la perfección de los seres en aquellas regiones superiores del cielo parece, debido a una vinculación física, estar unida a una duración digna de ella. La decadencia y la muerte no pueden atacar a estos seres sublimes en la misma medida que a nosotros que somos seres inferiores. La misma inercia de la materia y la burda calidad de los elementos que en los grados inferiores son el principio específico de su humillación, es también la causa de la tendencia que tienen hacia la destrucción. Cuando los humores que alimentan y hacen crecer al animal y al hombre al incorporarse entre sus pequeñas fibras y agregarse a su masa, ya no pueden ampliar en extensión sus vasos y canales, es decir, cuando el crecimiento ya está terminado, entonces estos humores alimenticios incorporados, obedeciendo al impulso mecánico que se emplea para alimentar el animal, han de estrechar la cavidad de sus vasos y tajarla, arruinando paulatinamente la estructura de toda la máquina con una rigidez cada vez mayor. Aun cuando la mortandad socave también las naturalezas más perfectas, es de creer que la ventaja de la fineza de la materia, de la elasticidad de los vasos y de la liviandad y eficacia de los humores que entran en la formación de aquellos seres más perfectos, habitantes de los planetas lejanos, detendrá esta caducidad que es una consecuencia de la inercia de la materia burda, por un tiempo mucho mayor y dará a estas criaturas una duración proporcionada a su perfección, de igual modo que la caducidad de la vida de los hombres tiene una justa proporción a su insignificancia.

No puedo abandonar esta consideración sin adelantarme a una duda que de una manera natural podría nacer de la comparación de estas opiniones con nuestras afirmaciones anteriores. En las disposiciones del edificio mundial hemos reconocido en la cantidad de los satélites que iluminan los planetas de los círculos más lejanos, en la velocidad de las rotaciones y en la proporción existente entre la materia

de su composición y la eficiencia del Sol, la sabiduría de Dios que ha ordenado todo así en beneficio de los seres razonables que los habitan. ¿Pero cómo se podría ahora hacer concordar con la teoría de los designios una teoría mecánica por la que todo lo que proyectó la misma Sabiduría Suprema, ha sido encargado a la materia bruta, y al régimen de la providencia entregado para su ejecución a la naturaleza antes abandonada a sí misma? ¿No sería lo primero más bien una confesión que el ordenamiento del edificio mundial no ha sido desarrollado por las leyes generales de la naturaleza?

Se disipará fácilmente esta duda al recordar lo que con el mismo propósito ha sido dicho anteriormente. ¿No es inevitable que la mecánica de todos los movimientos naturales tenga una tendencia esencial hacia todas aquellas consecuencias que coinciden bien con el proyecto de la suprema razón en toda la extensión de las combinaciones? ¿Cómo es posible que intente desviarse y se distraiga libremente en su proceder, si todas sus calidades, de las que derivan estas consecuencias, están determinadas por la idea eterna de la razón divina en la que necesariamente todo tiene que relacionarse y concordar entre sí? Pensándolo bien, ¿cómo se puede justificar el criterio según el cual se considera a la naturaleza como un objeto rebelde que sólo por una especie de imposición que limita su libre actuación, puede ser mantenido en la vía del orden y de la armonía común, a no ser que se opine que ella sea un principio autónomo cuyas calidades no reconocen causa y al que Dios en la medida de lo posible trata de obligar a entrar en el plan de sus designios? Cuanto mejor se conozca a la naturaleza, tanto mejor se comprenderá que las calidades generales de las cosas no son ajenas y separadas entre ellas. Existirán entonces suficientes motivos para comprender que poseen afinidades esenciales por las que se disponen por sí mismas a ayudarse mutuamente, en establecer constituciones perfectas, que hay mutua relación entre los elementos en beneficio de la belleza del mundo material y también al mismo tiempo del progreso del mundo espiritual, y que en general las naturalezas aisladas de las cosas forman en el campo de las verdades eternas algo como un sistema en el que una está relacionada con la otra; se observará, además, muy pronto, que la afinidad entre ellas proviene de la comunidad de origen de donde derivan todas sus determinaciones esenciales.

Y para aplicar esta repetida consideración a la finalidad propuesta: las mismas leyes generales del movimiento que han indicado a los planetas superiores un lugar más alejado del centro de la atracción y gravedad en el sistema mundial, los ha colocado al mismo tiempo en la condición más ventajosa para realizar sus formaciones en el mayor alejamiento del punto de relación de la materia burda y además con mayor

libertad; pero también los han colocado así en una relación regular con respecto a la influencia del calor que de acuerdo a la misma ley se extiende desde el mismo centro. Siendo estas determinaciones las que hacen que la formación de los cuerpos siderales en estas regiones lejanas sea más expedita, la producción de los movimientos dependientes de ellos más veloces y, en una palabra, el sistema más conveniente, y como finalmente los seres espirituales están en una necesaria dependencia de la materia a la que están personalmente atados, no es ningún milagro que la perfección de la naturaleza haya sido producida por ambos lugares en una sola combinación de las causas y por los mismos motivos. Esta coincidencia, considerándola bien, no es pues, nada repentino o sorprendente, y como los seres espirituales han sido entrelazados en la constitución general de la naturaleza material por un idéntico principio, el mundo espiritual será en las esferas lejanas por las mismas causas más perfecto por las que lo es el mundo corpóreo.

Así, en toda la dimensión de la naturaleza todo está vinculado en una ininterrumpida graduación por medio de la armonía eterna que relaciona entre sí todos los miembros. Las perfecciones de Dios se han manifestado claramente en nuestras escalas y no son menos maravillosas en las clases más bajas que en las más sublimes.

Vast chain of being! Which from God began  
Natures aethereal, human, angel, man,  
Beast, bird, fish, inset, what no eye can see  
No glass can reach; from Infinite to thee,  
From thee to nothing (1).

*Pope, An Essay of Man, Epist I.*

Hasta ahora hemos perseguido nuestras suposiciones siguiendo como guía las condiciones físicas que las ha mantenido sobre la senda de una razonable similitud. ¿Nos permitiremos alejarnos una vez de esta vía hacia el campo de la imaginación? ¿Quién nos indicará el límite donde caduca la profunda verosimilitud, y más allá del cual empieza el reino de las fantasías arbitrarias? ¿Quién se atreve a contestar la pregunta de si el pecado ejerce su dominio también en los otros globos del edificio mundial, o si la virtud sólo ha erigido allá su régimen?

---

(1) Qué cadena en Dios iniciada, qué naturalezas  
De celestes y terrestres, de ángeles, hombres y hasta los animales  
¡Del serafín al gusano! ¡Oh dimensiones que el ojo  
Jamás podrá alcanzar y contemplar,  
Desde lo infinito hasta tí, desde tí hasta la nada!

Die Sterne sind vielleicht ein Sitz verklärter Geister.  
Wie hier das Laster herrscht, ist dort die Tugend  
Meister (1)

*Von Haller*

¿No se necesita cierto estado intermedio entre la sabiduría y la irracionalidad para la desgraciada facultad de poder pecar? ¿Quién sabe si los habitantes de aquellos lejanos cuerpos siderales no son demasiado sublimes y sabios para rebajarse hasta la imprudencia que está implícita en el pecado, mientras que aquellos que habitan los planetas inferiores, están atados demasiado firmemente a la materia y provistos de facultades intelectuales demasiado reducidas para poder llevar la responsabilidad de sus acciones ante tribunal de la justicia? De esta manera, sólo la Tierra y tal vez aún Marte (para que no se nos quite el mísero consuelo de tener compañeros de infortunio) se hallarían en la peligrosa vía intermedia donde la tentación de los alicientes sensuales tienen un fuerte poder de seducción sobre el predominio del espíritu, sin que éste pueda negar aquella facultad que le permite ofrecer resistencia, si no fuese que a su pereza le gustase más dejarse arrastrar por aquéllos, estableciéndose así el peligroso punto intermedio entre la debilidad y la capacidad de resistencia, puesto que los mismos privilegios que lo levantan sobre las clases inferiores, lo colocan en una altura de la cual puede caer infinitamente más bajo que aquéllas. En efecto, los dos planetas, la Tierra y Marte, son los dos eslabones medianos del sistema planetario, y de sus habitantes se puede suponer no sin probabilidad un estado intermedio entre los dos puntos terminales tanto en sus calidades físicas como en las morales; pero prefiero dejar esta consideración a aquellos que se hallan mejor dispuestos a tranquilizarse con un conocimiento indemostrable y a cargar con su responsabilidad.

## CONCLUSION

No sabemos ni siquiera con certeza lo que el hombre actualmente es en realidad, aunque la conciencia y los sentidos deberían enseñárenos, y ¡cuánto menos podremos adivinar lo que será en el futuro! Sin embargo, la curiosidad del alma humana se adelanta con ansia hacia este tema tan lejano y trata de alcanzar alguna luz sobre éstos tan oscuros conceptos.

---

(1) Las estrellas son tal vez la sede de espíritus sublimes.  
Como aquí reina el vicio, domina allá la virtud.

¿Habría de quedar el alma inmortal atada a este punto del espacio mundial, a nuestra Tierra, por, toda la infinidad de su duración futura que el sepulcro mismo no interrumpe sino sólo transforma? ¿No llegaría nunca a participar de una visión más cercana de los restantes milagros de la creación? ¿Quién sabe si no está predestinada conocer de cerca alguna vez aquellos globos lejanos del edificio mundial y la perfección de sus instituciones que ya desde lejos incitan tanto su curiosidad? Tal vez se están formando algunos cuerpos más del sistema planetario para prepararnos nuevas residencias en otros cielos cuando se haya cumplido por completo el tiempo que nos ha sido indicado aquí para nuestra permanencia ¿Quién sabe si aquellos satélites giran alrededor de Júpiter sólo para iluminarnos alguna vez a nosotros?

Es permitido y es decente deleitarse con tales concepciones, pero nadie basará la esperanza de lo futuro sobre imágenes tan inseguras de la fantasía. Después que la vanidad habrá exigido su parte de la naturaleza humana, el espíritu inmortal se levantará con veloz impulso sobre todo que es finito y continuará su existencia en una nueva relación con respecto a toda la naturaleza que nace de una unión más íntima con el Ser Supremo. En adelante, este Ser más elevado que lleva en sí mismo la fuente de la felicidad, no se distraerá más entre las cosas exteriores para buscar en ellas una tranquilidad. La esencia entera de las criaturas que tiene una necesaria coincidencia en la satisfacción del Ser Supremo primitivo, debe tenerla también en la suya y no se exteriorizará de otra manera que con permanente contento.

En efecto, después de llenar su ánimo con éstas y las anteriores consideraciones, el aspecto de un cielo estrellado en una noche serena procura una especie de deleite que sólo sienten almas nobles. En la tranquilidad general de la naturaleza y el reposo de los sentidos, la oculta capacidad cognoscitiva del espíritu inmortal habla un lenguaje inefable y ofrece conceptos sin desarrollar que bien pueden ser sentidos, pero no descritos. Si entre las criaturas razonables de este planeta hay seres infames que no obstante todos los alicientes con que un tema tan grande puede atraerlos, se aten firmemente a la servidumbre de la vanidad, ¡cuán desgraciado es este globo de haber podido producir criaturas tan miserables! Pero ¡cuán feliz es al mismo tiempo, porque bajo las más aceptables condiciones le está abierto un camino para llegar a la felicidad y altura infinitamente superiores a los privilegios que la más ventajosa institución de la naturaleza puede alcanzar en todos los cuerpos siderales!